

Para mí todos los bacalaos están *convalecientes*.

\* \* \*

Y ahora se me ocurre una duda: ¿si se curarán los abadejos con aceite de hígado de bacalao?

¡Quién sabe!

\* \* \*

La anterior pregunta me sugiere esta otra:

Si el bacalao es el abadejo *momificado* ¿de qué hígado extraerán ese aceite?

Francamente, el sacar jugo de una *momia* me parece el *momio* más grande que le puede caer á un boticario.

\* \* \*

Segun el naturalista Sr. Valencianas, es decir, Mr. Valenciennes, el bacalao es un pez de una voracidad y glotonería extraordinarias.

¿Quién habia de decirlo?

¡Y á pesar de comer tanto están tan flacuchos!

Ahora me explico la enfermedad que padecen los bacalaos.

¡Tendrán la solitaria!

Someto este punto al acreditado especialista Sr. Gisbert.

\* \* \*

En el comercio se conocen varias clases de bacalaos.

El más apreciado es el de Escocia.

Las patronas prefieren siempre el que en los mercados se vende con el nombre de *bacalao de pupilo*.

Este se distingue de los demás en lo ínfimo de su precio y en que no es ¡ni bacalao!

\* \* \*

Los abadejos se pescan principalmente en los mares del Norte; pero donde abundan de una manera extraordinaria es alrededor del banco de Terranova.

¿Alrededor de un banco? Sin duda son accionistas *escamados*.

No es el de Terranova el único banco en que abundan los *peces*.

VITAL AZA.

## CAMINO DE TRAPISONDA

### I

Iba Anton caminando á paso lento por unas tierras de barbecho y en compañía de una andrajosa señora flaca y pálida: esta señora era el *Hambre*.

Con todo, caminaba el muchacho alegre y cantando una canción, porque la juventud posee el inapreciable privilegio de no apesadumbrarse por nada; pero al poner el pié en un camino que se perdía de puro lago, sin que se divisara en él señal alguna de vivienda, se detuvo, dejó de cantar, bostezó con tal fuerza que estuvo á punto de desarticularse las mandíbulas, y hundiéndose las manos en los rotos bolsillos de su pantalón, exclamó encarándose con su compañera:

—¿Hasta cuándo, endemoniado espectro, he de sufrir tu presencia?

—A fe que no quisiera acompañarte tan á menudo, porque eres un jóven gallargo y amable, y es lástima que trascurren de este modo los mejores días de tu vida; pero el destino lo dispone así...

—¡Malditos seas tú y el destino!

—Eres un ingrato, porque yo doy buenos consejos.

—Menos cuando me incitas al robo.

—Eso es efecto de mi naturaleza; pero no me negarás que aguzo tu entendimiento.

—Y me quitas las fuerzas.

—Ya sabes que el espíritu y la materia se re-

pelen, y que para medrar el uno tiene el otro que sufrir.

—Déjame ahora de filosofías y vete al diablo—dijo Anton, y dando un suspiro prosiguió su caminata.

Un pié tras otro anduvo de un tiron dos leguas y pico. El sol se acostó en su lecho de carmin, y apartándose nuestro jóven del camino se acostó á su vez en un lecho de musgo, con intención de dormir y entretener de este modo el *Hambre*; pero ésta no se entretenía sino haciendo á Anton cosquillas en el estómago.

Por fin se durmió; pero con un sueño que, si bien era agitado, podría decirse delicioso: veía en él ejércitos de jamones, que se formaban en batalla delante de él, invitándole á que les hincara el diente; nubes de huevos fritos que pasaban sobre su cabeza al alcance de su mano; murallas de chuletas que él acometía colmillo en ristre, derribándolas al primer encuentro, y un mar de tomate bañando los cimientos de un archipiélago de pollos asados, en cuyo mar se preparaba á dar un gastronómico chapuzón.

El despertar fué terrible. Incorporóse Anton buscando algo que comer; pero sólo vió gotas de rocío, en cada una de las cuales brillaba un rayo de Febo y dorada neblina que iba desvaneciéndose en caprichosos girones. Todo ello muy poético, muy sublime; pero tan problemáticamente nutritivo como la pechuga del ave Fénix: nada de jamones, ni huevos fritos, ni chuletas ni pollos asados; por lo cual tuvo á bien conformarse con un par de docenas de bellotas, y siguió su viaje sin querer acordarse de su compañera que le seguía á cierta distancia, pero que iba poco á poco aproximándose á medida que el sol se elevaba al cenit.

A poco trecho del lugar donde habia descansado vió una especie de poste que sostenía una tabla, en la cual se veía una flecha indicadora y debajo este letrero: *Por aquí se va á Trapisonda*.

—¡Hola!—se dijo.—Esta es sin duda la capital de este endemoniado país que tanta semejanza tiene con el mio: vamos, pues, á Trapisonda.

Y siguió con más ánimos su jornada.

Ya muy cerca del medio día llegó Anton á una casa de bonita arquitectura, situada en medio de un bien cultivado jardín rodeado de elegante verja, en el cual habia un precioso kiosco, en cuyo centro, y ante una mesa opíparamente servida, almorzaba una jóven, no mayor de veinte años, rubia como las espigas de Agosto, regordeta y sonrosada.

No habia fijado Anton su vista en aquel importante punto estratégico; pero ciertas emanaciones culinarias que en alas de la brisa llegaron á su nariz, le hicieron volver la cabeza hácia aquel sitio y se enteró muy pronto de lo que pasaba: allí se comía.

Dirigióse sin vacilar á la puerta de la verja y tiró de una cadenita de acero, que hizo sonar por allá dentro una campanilla.

La rubia suspendió su almuerzo y salió al jardín.

—¿Quién es, Vicente?—gritó al criado que habia ya acudido al campanillazo.

—Un pobre, señora.

—¡No soy un pobre!—dijo Anton con mal gesto—sino un caminante fatigado que demanda hospitalidad.

—Señora—exclamó Vicente,—es un caminante fatigado que... ¿cómo ha dicho usted?... que demanda hospitalidad.

—Que pase—dijo la señora.

Abrió el criado la puerta y entró Anton. La jóven miró á su huésped, moviendo la cabeza con aire satisfecho y volvió al cenador.

El viajero fué conducido á una habitación cuyo mobiliario consistía en una elegante y mu-

lida cama, media docena de sillas forradas de seda, un gran espejo ovalado, una arpa en un rincón, un par de *portiers* de terciopelo y un bonito velador, sobre el cual habian colocado dos primorosos búcaros con flores hermosísimas.

—Si quiere usted descansar...—dijo el criado señalando el lecho.

—No estoy cansado—contestó Anton contradiciendo sus primeras frases.

—Si quiere usted leer...—repuso Vicente señalando un libro que habia también sobre el velador.

—No tengo ganas de leer.

—Si quiere usted tocar...—volvió á decir el doméstico indicando el arpa.

—No sé tocar—murmuró Anton, ya tan impaciente que estuvo á punto de decir: *quiero comer*; pero no lo dijo por orgullo.

Vicente se retiró y él se quedó á solas con el *Hambre*, que parecia haber crecido; permaneció un momento inmóvil y luego se asomó á una ventana que daba al jardín. A pocos pasos vió el cenador; dentro de él sonaba ruido de platos, y aun se le figuró al jóven que de mandíbulas: la dueña de aquella quinta continuaba su almuerzo.

—¿Será capaz—se decia el hambriento Anton—de no darme de comer? ¿Tendré que contentarme con el olor?

Y á medida que pasaba el tiempo iba la impaciencia transformándose en suplicio. Se retiraba de la ventana, tornaba á ella, se paseaba como una fiera por el lujoso alojamiento, y por fin se sentó en la cama, lleno de desesperación. A su lado se sentó también el *Hambre*.

—Si no fueras incorpórea, maldita visión, ya te habria roto el espinazo con los dientes.

El *Hambre* se encogió de hombros.

—Eres un necio—le dijo.

—¿Qué he de hacer?

—Pide el almuerzo.

—Si esa señora es tan grosera que no me brinda con él sin yo solicitarle... me matarás, pero no pronunciaré una sola palabra en ese sentido.

—¿Eres orgulloso?

—Ya sabes que soy de buena familia.

—Repito que eres un tonto—volvió á decir el *Hambre*, despues de unos momentos de silencio.

—¿Por qué?

—Házle el amor.

—¿A quién?

—A la dueña de esta casa.

—¡Hola! Esa no es mala idea... y me dará de comer.

—Y te regalará con lo mejor de su casa sin que tú se lo pidas.

Anton se miró en el espejo. Hay que convenir en que, á pesar de que su traje estaba un si es no es deteriorado, su aspecto prevenia en favor suyo. Era alto, moreno, de ojos negros como el fondo de una sima, su cabello del color de los ojos y formando anchas ondulaciones sobre la frente, su bigote poblado y sedoso, y la expresión de su cara francamente simpática.

Satisfecho de sí mismo salió de la que él llamaba cárcel, y atravesando el jardín llegó al cenador con la mano derecha puesta en la cintura y atusándose con la izquierda las guías del bigote.

—Señora—dijo á la jóven rubia,—¿sería usted tan amable que me concediera una audiencia?

El bello talante del muchacho habia ya conquistado á la señora, que contestó con agrado:

—Tome usted asiento y hablemos.

El jóven se sentó haciendo esfuerzos increíbles para que sus ojos no se fijaran con afán en las viandas de que estaba cubierto el blanco

mantel; pero el olfato se habia adelantado tirantemente á la vista, y el Hambre habia crecido tanto, tanto... que ella sola ocupaba casi todo el rústico cenador.

—Decíamos—murmuró Anton distraído.

—Usted dirá—contestó la rubia.

—¡Ah! sí, que es usted encantadora.

La aludida lanzó una carcajada de buen augurio; por lo visto no la ofendian los pipos, y Anton, que estaba ya á punto de arrepentirse de su atrevimiento, cobró ánimos y continuó:

—Esta no es sólo opinion mia, porque la fama de su hermosura ha traspasado los límites de este país hasta el punto de que yo, que soy de los antípodas...

—¿De los antí...?

—Podas, señora. Pues bien, tanto y de tal modo me han hablado de usted, que no he podido resistir á la tentacion de contemplarla de cerca y he abandonado familia, hogar y patrimonio por venir á admirar á la divina... Inés.

—Caballero, esa no soy yo; mi nombre es Aurora.

—¿No he dicho Aurora? Me habré equivocado.

—Y bien, ya me ha visto usted.

—Ciertamente, y no me canso de admirarla.

—¿Habrán dicho á usted que soy casada?

—¿Casada? No, eso no lo sabia. ¿Vive su señor marido en esta quinta?

—Suele ser su residencia; pero ahora está en la ciudad de Trapisonda, á donde le han llevado algunos asuntos de familia: yo he nacido allí.

—¿Es usted trapisondista?

—Para servir á usted.

—Gracias; pero volviendo á la anterior conversacion—exclamó el jóven conteniendo un bostezo:—es usted hermosísima, seductora.

—¿De veras?—preguntó ella, que se lo iba creyendo.

—Un ángel, señora, un ángel.

Y la miraba con ojos hambrientos, y por lo tanto brillantes y expresivos. Aurora confundió el significado de aquel fuego ocular y se creyó amada. Su marido era paisano suyo, es decir, trapisondista, y además viejo y feo. Anton, á pesar de lo mal cuidado que estaba, era un buen mozo.

Comenzó á ceder, aunque proponiéndose resistir algunos dias, y dijo con zalamera voz como tratando de variar la conversacion:

—Vamos, no sea usted loco, y ya que ha venido á hacerme compañía, almuerce conmigo.

—No tengo apetito—contestó él con aparente indiferencia;—pero por estar á su lado...

Y atacó con verdadera furia á un capon relleno que aún estaba intacto.

Hay ciertos movimientos imposibles de contener.

—¿Cómo envidio á su señor esposo!—exclamaba con la boca llena, y añadia para su interior:—¿Cómo le envidio, porque puede comer diariamente estos capones rellenos!

—¿Le envidia usted? Pues no es para tanto—decía ella con fingida modestia.

—¡Oh, sí, señora! Este capon relleno y esta carpa en salsa verde... están excelentes.

—¿Qué?

—¡Oh! Que ya la adoro á usted con locura.

—Pero caballero...

—Que la idolatro.

—Esas frases...

—Que no puedo vivir sin usted.

Aurora se levantó aparentemente resentida, pero contenta en realidad por el calor con que su huésped habia tomado el asunto.

—O es usted un loco... ó tiene usted un carácter muy excéntrico; le dejo almorzar solo y hablaremos cuando se halle más tranquilo.

Dijo y se ausentó ántes de que Anton, muy

atareado entónces en devorar un picadillo de conejo, tuviera tiempo para detenerla. Viéndose, pues, solo se propuso comer para una semana y trasladó á su estómago cuantas provisiones habia sobre la mesa.

Cuando acabó de almorzar desabrochó algunos botones del chaleco y del pantalon, y mirando á todos lados exhaló un suspiro de satisfaccion: el Hambre habia desaparecido.

—¿Estará en el jardin?—pensó.

Y levantándose con algun trabajo, asomó la cabeza por la puerta del cenador: tampoco estaba allí. Miró á lo lejos... nada. Entónces enderezó sus pasos á su alojamiento, y una vez en él se acostó sin desnudarse y durmió como un lirón.

RAMIRO BLANCO.

## DESDE MI GABINETE

El encargo que el director de *Los Dos Mundos* me ha hecho es superior á mis fuerzas, lo confieso; pues tuve la debilidad de ser un tanto presumida, figurándome que estaba á la altura de sus ilustrados redactores, y al querer cumplir ahora la palabra dada me encuentro escasa de fuerzas. Pero tengo muy buena voluntad, y si Dios me auxilia iré saliendo del compromiso.

«Fiestas en los salones, novedades del gran mundo, matrimonios presuntos, algo acerca de las hermosas tardes de primavera en el Retiro, indicaciones referentes á las costumbres madrileñas, es, amiga mia, de lo que yo le ruego se ocupe en mi periódico...»

Y como si el Sr. Pando y Valle no hubiera dicho nada, en ese deseo que hay siempre de complacer á los buenos amigos acepté el encargo, y aquí me tienen ustedes en la mayor perplejidad.

En fin, me ayudará tambien la primavera, que asoma su preciosa cabeza adornada de violetas, de narcisos, de lilas y cinamomos.

Ya la he visto una mañana de éstas extender sus delicadas y olorosas alas sobre los escuetos árboles del Retiro; la saludaban los gilgueros, los pardillos y las alondras, y la aclamaban un coro de niñas que corriendo se dirigian á la Puerta del Sol cargadas de ramitos de violetas.

Es necesario haber pisado muchas espinas para no sentirse alegre al aparecer las flores que nacen á impulsos del beso que da el sol á la tierra en el primer dia primaveral; cada flor es un germen de nueva vida que trae al mundo una evolucion más en su constante laboratorio.

Saludo á las brisas primaverales que han venido cariñosamente á sacarme de apuros.

\*\*\*

Mas aún no ha desaparecido la nieve: el canoso Guadarrama todavia nos regala sus frescos airecillos al aproximarse la noche. Por eso los teatros se ven tan concurridos, y en los salones de la alta sociedad lucen sus gracias las hermosas niñas y sus desgracias los *sietemesinos*.

Estos no irán, de seguro, á las reuniones quincenales del baron Stock; allí sólo concurren hombres de reputacion y de talento; allí sólo asiste lo más selecto de la nobleza de las letras y de las artes á escuchar las preciosas composiciones del baron, cuya amabilidad exquisita y cuyo talento sobresalen siempre. Castelar con su mágica palabra, Nuñez de Arce con los deliciosos arpegios de su lira, Navarro Rodrigo con la profundidad de sus reflexiones políticas, y otros ilustres estadistas, escritores y poetas, dan á las *soirées* del hotel de los Sres. de Rute marcadisimo sello de importancia, descollando gallardamente en ellas la notable escritora Maria Bonaparte Wisy, que bajo el seudónimo de baron Stock tan hábilmente dirige *Les Matines Espagnol*.

Debemos á su amistad algunas noticias que han de agradecer nuestros lectores, y relatándolas cumplimos tambien con la promesa que en mal hora hicimos.

En la nueva y ya importantísima revista, publicará su directora semblanzas y retratos de Cánovas del Castillo, Mancini, Castelar, Navarro Rodrigo, Rodrigo Bracamp, ex-presidente del Consejo de Ministros de Portugal; Depetris, Berti, Julio Simon, Casal Riveiro, duque de la Torre, Romero Giron, Cheste, marqués de Sardeal y otros importantes hombres públicos.

Luego amenizará las páginas *Des Matines* con una galería artística y caricaturas, que serán de verdadera novedad; y en fin, dará á su periódico el baron Stock el sello de su talento y de su originalidad.

Hay tambien en proyecto tres fiestas que deben tener lugar en los próximos meses en el hotel de los Sres. Rute: las dos primeras consistirán en representaciones teatrales por aficionados; se pondrá en escena una revista de Madrid en doce cuadros, viniendo expresamente de París una actriz célebre para desempeñar importante papel.

La tercera fiesta, *veneciana*, será tan nueva aquí

que no tenemos noticia de que se haya celebrado otra, y sólo podrá comparársela á las del hotel del Aquila en París: jardines, máscaras, música, luces y aromas, y cuanto puede encantar la imaginacion formará parte de esta velada, que habrá de celebrarse la última, aguardando á que la temperatura se temple y se pueda disfrutar de esas hermosas noches de principios de verano que en Madrid son tan agradables.

Asistiré, aunque no sea más que para contar algo en *Los Dos Mundos*, cuya redaccion me honra haciéndome su *revistera*.

ROSA DELCAMPO.

## NOTICIAS VARIAS

En la última reunion que celebró la junta de socorros de Cuba, bajo la presidencia del Sr. Suarez Vigil, se dió cuenta de haberse recaudado la cantidad de 10.174 pesetas.

Reciba nuestros plácemes la junta, pues aunque los resultados no han sido muy satisfactorios, ella ha demostrado gran celo y actividad.

No es cierto que el Sr. Primo de Rivera se ha embarcado en Manila con rumbo á España: espera la llegada del Sr. Molins, segundo cabo de aquella capitanía general, para entregarle el mando del archipiélago.

Ha firmado S. M. el Rey el decreto nombrando contador de Hacienda de Cuba al Sr. Sanchez Pita, que desempeña igual cargo en Puerto Rico.

Por el vapor-correo que salió de la Habana el 5 del corriente, se han embarcado en Puerto Rico 58 bultos de efectos de aquella antilla con destino á la exposicion de Amsterdam.

El del 15 trae las hojas del catálogo de la isla de Cuba, y en el del 25 empezará el embarque de productos de esta region ultramarina.

Noticias oficiales desmienten el rumor de que el Sr. Loren, director de Hacienda en la isla de Cuba, se ha embarcado para la península.

El Sr. Loren, restablecido de la enfermedad que le aquejaba, ha vuelto á encargarse del destino que con tanto acierto desempeña.

El general Cassola se ha encargado de dar dictámen sobre la proposicion del Sr. Dabán acerca de la organizacion del ejército en Cuba. El primero de dichos señores presentará un proyecto completo y una organizacion detallada de lo que, en su opinion, debe ser el ejército en la gran Antilla.

Por el ministerio de Ultramar se dió un decreto dictando reglas para la provision y ejercicio de las notarias en Cuba y Puerto Rico.

Ayer ha salido de esta corte á Barcelona, con el objeto de embarcarse para Filipinas á tomar posesion de su destino, nuestro querido é ilustrado compañero D. Tomás del Rosario, que será en aquellas apartadas regiones españolas el corresponsal de *Los Dos Mundos*.

Le deseamos un viaje muy feliz.

En cartas recibidas de Cuba nos comunican la buena acogida que allí ha tenido *Los Dos Mundos*, y la benevolencia de la prensa de la Habana para con nuestra revista: agradecemos al *Diario de la Marina* y demás periódicos que se han ocupado del nuestro las cariñosas frases que nos dedican.

## PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y EXTRANJERO

	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid .....	3,50 ptas.	6,50 ptas.	12 ptas.
Provincias .....	3,75 »	7 »	12,50 »
Extranjero .....	» »	15 »	25 »
PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS. Á PAGAR EN ORO.			
Cuba y Puerto Rico .....	» »	3 pesos fs.	5 pesos fs.
Filipinas y Repúblicas americanas .....	» »	4 »	6 »

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

MADRID.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 40.